

Cartografía cernudiana

Luis Alberto de Cuenca

Vaya por delante mi sombrero (que diría mi amigo Javier Puebla) ante la espléndida biografía *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)* que acaba de publicar Antonio Rivero Taravillo. Aparte de excelente traductor de Shakespeare, Tennyson, Robert Graves y Ezra Pound (entre otros), Rivero ha publicado libros deliciosos como *Viaje sentimental por Inglaterra* (Almuzara) o *Los siglos de la luz: héroes, mitos y leyendas en la épica y la lírica medieval* (Berenice). Su prosa transmite todo eso que le pedimos a la buena prosa: corrección, claridad, entusiasmo, calor y esa fina ironía que acompaña fielmente a los escritores de casta. Estudió Filología Inglesa en la Universidad de Sevilla, aunque por nacimiento es melillense, de 1963.

Todos sabemos que Cernuda tuvo muy en cuenta en su evolución poética la *maniera* de los poetas ingleses, que visitaron su espíritu mucho después que los franceses, habituales en su más temprana formación literaria, de modo que me parece de perlas que un experto en las letras de la vieja Britania sea el que ahora haya tejido una biografía modélica sobre los treinta y seis primeros años de Cernuda, un poeta que forma parte, íntima y verdadera, de la educación sentimental de Antonio Rivero. Con cariñosa minuciosidad, pero sin ese punto hagiográfico que tanto aburre en ciertos biógrafos al uso, nuestro anglista metido a historiador va desgranando los mundos y los días de uno de los poetas mayores de nuestras letras a mayor gloria de la propia literatura, que no puede ni debe prescindir de la cartografía humana de sus cultivadores más conspicuos.

Antonio Rivero Taravillo: *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, Tusquets. Barcelona, 2008.

Recuerdo otro admirable trabajo biográfico sobre Cernuda, llevado a cabo por mi amigo Luis Antonio de Villena y publicado en 2002 (Barcelona, Omega, colección «Vidas literarias»), que se lee como una novela. Recuerdo las formidables aportaciones *ad hoc* de nombres tan «cernudianos» como Derek Harris, Philip Silver y James Valender. Estoy completamente seguro de que estos nombres, y tantos otros aducidos por Rivero Taravillo en su completísima bibliografía (páginas 431-437 del tomo), estarán encantados con este nuevo intento de registrar el mapa vital de Luis Cernuda en unas páginas (450, para ser exactos). Un jurado compuesto por Jorge Semprún, Miguel Ángel Aguilar, Josep Fradera, Josep Martí i Gómez, Josep Ramoneda y Antonio López Lama-drid (este último en representación de Tusquets Editores) concedió al libro el XX Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias, lo que avala, si cabe aún más, la labor realizada por Rivero, que no ha dejado archivo particular sin revolver, empezando por el riquísimo de Ángel María Yanguas Cernuda, sobrino del poeta, a la hora de trazar el día a día del biografiado hasta su salida de España rumbo a Inglaterra un año antes de la conclusión de la Guerra Civil.

Todavía me acuerdo con extrañeza y cierta indignación del espacio reservado a Cernuda en los libros de texto de Literatura de mi lejano bachillerato, un espacio ridículo comparado con el dedicado a otros poetas de su generación. El autor de *Perfil del aire* es, sin lugar a dudas, uno de los más grandes del grupo del 27 y uno de los más influyentes, si no el más influyente, en la poesía de las generaciones posteriores. La línea lírica que conduce de Luis Cernuda a Jaime Gil de Biedma ha sido especialmente benéfica para la poesía española actual, pues ha proporcionado bases sólidas de carácter teórico y estético a muchos de sus más distinguidos representantes. Esto es algo que no admite refutación y que no conviene olvidar. No sería excesivo afirmar que la huella de Cernuda está presente en los más altos valores líricos de nuestro presente, y que va a seguir ejerciendo durante mucho tiempo una saludable influencia en las nuevas promociones poéticas. Si hay un poeta español que está vivo y que pasea aún hoy su bigotillo cinematográfico entre nosotros, ése es Luis Cernuda, aunque digan las crónicas que falleciese en México, D. F., un 5 de noviembre de 1963.

Por alusiones al bigotillo de Cernuda, inspirado directamente en el de Douglas Fairbanks (que visitó Sevilla en mayo de 1924 acompañado de su mujer, Mary Pickford), quiero recordar aquí la enorme importancia que tuvo el cine para todos y cada uno de los miembros de la Generación del 27. Probablemente nunca hubieran armado la revolución estética que organizaron, dentro de las autocomplacientes letras españolas de su época, sin la preciosa colaboración del noveno arte, que informó y decoró sus mentes con vistas a la imprescindible subversión y a la insurrección necesaria. De la pasión que sintió siempre Cernuda por el cine nos habla Antonio Rivero Taravillo en muchos pasajes de su obra, que está trenzada con la erudición campechana de las biografías inglesas y con la delicadeza y el buen gusto propios de un maestro japonés de *ikebana* anterior al período Meiji.

¡Cuánto aprendemos de nosotros mismos al leer la peripecia biográfica de nuestros personajes favoritos! Mucho de lo acontecido a Cernuda nos ha ocurrido de una u otra forma a quienes nos asomamos a su vida, que resume y traduce la existencia de todos. Cada hombre es un espejo en el que se reflejan los demás hombres. En cada frustración, en cada aislamiento, en cada buen o mal gesto de Luis Cernuda caben la mayoría de nuestras grandezas y de nuestras miserias, y en las relaciones que mantuvo con sus amantes, compañeros de viaje y maestros aparecen refractadas las relaciones que hemos mantenido nosotros con los nuestros. Cambian la densidad del medio y la dirección, pero el rayo de luz es el mismo, sobre todo cuando coinciden tantos nombres propios que todavía los nacidos *circa* 1950 hemos llegado a conocer.

Por razones como ésa no podemos leer el *Cernuda* de Rivero Taravillo sin emoción, porque al diseccionar el vivir del poeta sevillano nos sentimos diseccionados, y al contarnos, por ejemplo, cómo se ponía de parte de Concha Méndez, su gran amiga hasta el final, en las pequeñas disputas domésticas con Manuel Altolaguirre, evocamos escenas similares de nuestra vida en las que hemos llevado la contraria a nuestra (presunta) militancia de género, y al referirnos los amores del poeta con Serafín Fernández Ferro («olvido de ti, sí, mas no ignorancia tuya»), nos refiere la historia de nuestros propios amores, y al confirmarnos su fascinación por la *Anthologia Graeca* del códice Palatino (que leyó, como Alberti,

en la edición bilingüe francesa de «Les Belles Lettres», nos confirma un itinerario libresco muy parecido al nuestro.

Pepín Bello calificó a Cernuda de «homosexual hasta el paroxismo», lo que no quiere decir en modo alguno que sus posiciones ante el amor varíen lo más mínimo en lo sustancial de las que ocupan los lectores heterosexuales de su biografía. Luis Cernuda se sintió diferente desde muy niño, pues había crecido en un ámbito familiar autoritario e integrista, pero su opción sexual no era, pese a lo que él pudiera sentir en medio de una sociedad homófoba, el rasgo diferencial más importante de su personalidad. Lo que distinguió siempre a Cernuda de los demás fue su talento, su sensibilidad a flor de piel, su entrega absoluta a la poesía, su agudeza como lector, su elegancia, sus ojos irrepetibles (esos ojos vivaces y arrolladores, a la vez que retraídos y tímidos, que asoman en la fotografía de estudio que se hizo en octubre de 1928 y que figura en el cuadernillo de fotos inserto en la biografía de Rivero), su íntima y peculiar visión del mundo.

El capítulo 8, titulado «Libertad y olvido», se abre con la siguiente cita de *Los placeres prohibidos* (1931):

¿Adónde fueron despeñadas aquellas cataratas,
tantos besos de amantes, que la pálida historia
con signos venenosos presenta luego al peregrino
sobre el desierto, como un guante
que olvidado pregunta por su mano?

En estos versos ya está entero el mejor Cernuda, el que, conociendo como nadie los metros clásicos, consiente voluntariamente en vulnerarlos buscando otra manera de decir, otro cauce de música, otra emoción sonora más difícil y, acaso, más auténtica. Cuando se proclama la República, Cernuda se encuentra en Madrid, ocupado en enamorarse de Emilio Prados, que le dio calabazas (un detalle revelado por Villena en su biografía cernudiana de 2002). Aquello se le pasaría muy pronto, como pasaría la República y las ilusiones en ella depositadas, como pasa todo lo que se mueve bajo el sol (y lo que no se mueve, si me apuran). Pero hay algo que tardará una barbaridad de tiempo en pasar, y ese algo es la poesía de Cernuda, de la que él mismo hubiera podi-

do escribir, tomándole prestado el verso a Horacio: *Exegi monumentum aere perennius*. La biografía de Antonio Rivero Taravillo recupera las huellas sobre el mundo de un poeta imprescindible. En las señales que dejó su vida en las arenas del placer y en las rocas del sufrimiento puede reconstruirse, con un poco de suerte y un mucho de trabajo, el alfabeto de su corazón. Tratándose de alguien como Luis Cernuda, el cumplimiento de esa tarea resulta muy de agradecer ©